

SANTO TOMÁS DE AQUINO

Llamado a ser el Apóstol de la verdad de una especial manera, debía brotar esta de su pluma en todos sus órdenes y manifestaciones.

Y así sucedió en efecto.

Y a la manera que los rayos de luz se reúnen en el foco, juntáronse en la vasta y poderosa inteligencia de Tomás toda suerte de verdades.

Lo mismo las reveladas, que las naturales, así las del orden teórico como las del orden práctico; ora fuesen del dominio de las ciencias, ora lo fuesen del arte y de la literatura, todas tuvieron lugar en su mente, y a todas alcanzó su perspicaz y sublime mirada, y sobre todas escribió su docta pluma, dándoles a todas admirable orden y claridad¹.

Y es que Tomás, con decidido empeño, puso los medios para adquirir la sabiduría.

Al rayar la aurora de su existencia, «entregó su corazón a la vigilancia, y abrió su boca en la oración; y por eso plugo al Señor llenarle del espíritu de su inteligencia».

«Confesó al Señor en la oración»; y el resultado fue «derramar a manera de torrente las palabras de su sabiduría»².

Humilde hasta el punto de «no sentir los estímulos de la pestífera soberbia»³, a pesar de sus engrandecimientos y de sus glorias, y temeroso de Dios además, mereció que este Señor le mirase con predilección y le comunicase el conocimiento de la verdad en todos sus órdenes.

Dios fue para él durante toda su vida y en medio de todas las situaciones de ella el objeto preferente de su inteligencia, de su voluntad y de su corazón. ¿Qué había de suceder, sino saciarse de la verdad su espíritu?

Nuevo Samuel, pasa los días de su más tierna infancia junto al tabernáculo sagrado bajo la dirección de los Sacerdotes del Señor, en el Monasterio del Monte Casino.

Y cuando la voluntad de sus padres de un lado, y los adelantos en las letras de otro, demandaban su salida de aquel sagrado recinto, y su

¹ Plus quam doctores caetari purgans dogma gentilium. — Himno de maytines.

² Ecclesiastici: 39.

³ Pestiferae superbiae nunquam persensit stimulum.— La Iglesia en su oficio.

residencia en Nápoles, la ciudad de las bellezas y de los encantos, lo hace con repugnancia y profundo sentimiento.

Consultada su voluntad, hubiera «escogido vivir olvidado y humilde en la casa del Señor, antes que morar en los tabernáculos de los pecadores»⁴.

Pero mediaba el deber, y el deber fue siempre la regla suprema de todas las acciones de Tomás.

Lo querían sus padres y así se lo mandaban, y él no pensó más que en obedecerles.

En verdad que si en el terreno de los hechos ha sido confirmada la sentencia del Espíritu Santo, de que «el varón obediente hablará victorias»⁵, lo fue en el que acabamos de mencionar.

¿Pensáis que la disoluta Nápoles con todas sus liviandades y torpezas pudo corromper el espíritu de Tomás, ni extraviar sus ideas, ni pervertir sus sentimientos?

Allí en medio de sus halagos seductores, como los niños en medio del fuego de Babilonia, conservó ilesa su inocencia.

Enamorado fiel de la verdad, solo se ocupaba de enriquecer con ella su entendimiento y llenar su corazón, haciéndola el alma de sus pensamientos y de sus obras.

Por eso no conocía otras ocupaciones que las del estudio y la oración, ni andaba por otros caminos que los del aula y del templo.

Notable coincidencia: el esposo más amante de la verdad, es llamado de lo alto a la Orden de la verdad, título dado por uno de los Vicarios de Jesucristo a la Orden de Predicadores⁶.

La familia de Tomás apela a la fuerza bruta, al ver frustrados sus reprensibles intentos en el plácido y suave terreno en que primero los ensayaron, y el joven novicio del Orden de Predicadores vese de repente sometido a la dura prueba de un penoso encarcelamiento en el castillo de Rosaseca; trocándose por desventura suya el quieto y agradable encerramiento del claustro en la triste y repugnante reclusión de una fortaleza.

No repetiremos lo que generalmente es sabido, contando el peligroso trance en que fue allí puesta su castidad.

Tampoco recordaremos el glorioso triunfo, que tuvo a bien otorgarle el Dios de las virtudes, enviándole sus ángeles para que le ciñesen aquel

⁴ Psal 83.

⁵ Prov. 21, 28.

⁶ Juan XXII.

misterioso cingulo para escudo perpetuo contra los ataques a su angelical pureza dirigidos; porque demandan nuestra atención y nuestra palabra los rápidos progresos, que restituído a la postre al seno de la religión por él abrazada, hacía el joven alumno en los caminos de la sabiduría y de la santidad.

Bajo la dirección de sus entendidos maestros, estudiaba, y oraba con asiduidad y constancia; y comprendía cuanto estudiaba, y ejecutaba con fidelidad y exactitud cuanto al espíritu de Dios le inspiraba en la oración.

Por eso llamaban la atención de todos los que le trataban su extraordinaria virtud y su raro saber, realizado todo con notable y ejemplar modestia.

El que estaba llamado para asombrar al mundo con los «mugidos de su doctrina»⁷, dio ocasión con su laudable silencio, para que sus discípulos le distinguiesen con el apodo de «buey mudo de Sicilia».

Ni tuvo reparo el que penetrado enteramente de cuanto leía en los libros y escuchaba de la boca de sus maestros, podía con destreza enseñar a sus compañeros, en admitir la harto atrevida oferta que alguno de ellos le hiciera de repetirle las lecciones.

Pero no es posible que permanezca por mucho tiempo desconocido el verdadero mérito.

Y por más que el humilde discípulo del grande Alberto cuidaba de ocultar sus dotes y su ciencia, acaso este mismo empeño contribuía a patentizar ambas cosas.

Así es que no consiguió que las luces espontáneamente reflejadas de su poderosa inteligencia y reveladas en sus palabras, al dilucidar alguna cuestión en sus ejercicios literarios, no llamasen la atención de sus maestros y discípulos.

Tal fue la alborada de su existencia en el mundo de las letras.

Y si tan luminoso se ostenta el «lucero de la mañana»⁸, disipando las tinieblas del error y de la ignorancia, ¿qué será cuando se haya transformado en sol resplandeciente?

Elevándose poco a poco, pero con majestuosa y segura marcha sobre el horizonte de su siglo, va esparciendo los rayos de su luz en las cátedras de la universidad parisiense.

⁷ Expresión con que Alberto Magno pronosticó lo que en el mundo literario había de descollar con el tiempo, el entonces uno de sus discípulos; reprendiendo a los demás por el menosprecio en que le tenían por su corta capacidad, al parecer.

⁸ Quasi stella matutina in medio nebulae. Eccli. 50, 6.

Y el brillo de su doctrina atrae hacia él las miradas de cuantos cultivan el saber humano.

De entonces más fue saludado por todos como un nuevo astro en las regiones de la ciencia.

El sol había llegado ya a su meridiano y se hallaba en la plenitud de su esplendor ¿qué había de suceder sino que hiciese participante al mundo de la abundancia de su luz?

Por doquier se dejan sentir sus rayos luminosos; y en todas las esferas del saber humano, en todos los órdenes de la verdad, derrama copiosa luz, luz llena de brillo, que, penetrando hasta los más recónditos escondrijos, pone de manifiesto la verdad, «aclarando lo oscuro»⁹, y «disipando la tinieblas del error»¹⁰.

Multiplicidad de elementos; unidad rigurosa de plan: he aquí lo que son sus obras.

Todo está en ellas ordenado: y siendo tan diversas las materias sobre que tratan, hállanse no obstante mutuamente unidas con trabazón no menos exacta que delicada. El Ángel de las escuelas con su elevada y sintética mirada descubrió cual ninguno las relaciones que existen entre las partes todas que componen el admirable conjunto de las ciencias, y con frase no menos sucinta que agradable y clara, acertó a expresarlas en sus escritos¹¹.

El campo inmenso de la historia en todos sus géneros; la muchedumbre de ideas que ofrecen el orden sobrenatural y el de la naturaleza; cuanto Dios ha obrado, en una palabra, en sus criaturas en el tiempo y para la eternidad, todo lo abarcó su vasta y sublime inteligencia.

Todo lo penetró, hasta donde es posible al entendimiento criado, su mirada de águila.

La gracia y la naturaleza le descubrieron sus más profundos arcanos, y al poderoso escribir de su pluma tomaron forma sensible y permanente multitud de verdades pertenecientes a entrambos órdenes.

Colocado a tanta altura domina todos los tiempos, que a su poderosa intuición le rinden todo el caudal de verdades y de errores, que en su dilatada carrera han acarreado, sujetándolo todo a su exquisito y elevado criterio y a su acertadísimo fallo¹².

Porque las doctrinas del Doctor Angélico no son de un día ni de una época; son para todos los tiempos.

⁹ *Obscura facit cognita.*— La Iglesia en su oficio.

¹⁰ *Errorum pulso nubilo.*— Idem id.

¹¹ *Stilus brevis, grata facundia; firma celsa, clara sententia.*— La Iglesia en su oficio, ya citado.

¹² *In omni fere disciplinarum genere, singulari ordine, ac mira perspicuitate, sine ullo prorsus errore, conscripsit.*— Clemente VIII, en su carta a los ciudadanos de Nápoles.

El pasado, al sufrir su escrupuloso y delicado examen, como que se renueva, y con ventaja, en sus enseñanzas.

El presente recibe de lleno el torrente de luz que derrama sobre todas las manifestaciones de la verdad. Y el porvenir se dispone a ser exclusivamente suyo en muchas de las ciencias, pertenecerle también de algún modo aún en aquellas que por no serle tan propias, no fueron por él cultivadas con tanto esmero.

Verdadero sol en las regiones de la verdad por la eminencia de su inteligencia y de su saber, giran en derredor suyo cuantos por su talento y por su ciencia merecen el dictado de astros en esas mismas regiones.

Y al girar en derredor suyo, todos quedan bañados de su esplendorosa luz.

Los expositores sagrados en sus oportunísimos «Comentarios sobre las epístolas de San Pablo, sobre los Salmos» y algunos de los Profetas y en su admirable «Catena aurea»,

Los Padres y Doctores en su exposición sobre los «cuatro libros de las Sentencias» y su incomparable «Suma teológica», los apologistas en su «Suma contra los gentiles», los filósofos en sus disertaciones sobre las obras de Aristóteles.

Y para que nada faltase a este raro ingenio, verdadero prodigio del saber humano, tomole santa y sublime inspiración durante su vida y en el lecho de la muerte.

Y postrado ante el divino tabernáculo, elevado en alas de su amor ferventísimo al Augusto Sacramento del altar, y absorto ante tanta majestad y grandeza y abismado en el piélago de tantas finezas y misericordias como allí se encierran, arrebatada a los Profetas de Israel sus armoniosas notas, y revistiendo con ellas sus grandes pensamientos sobre el misterio de nuestros altares, canta con voz llena de unción y dulcedumbre los grandes arcanos que atesora, en este hermosísimo oficio del Corpus, cuyos conceptos arrebatan nuestra mente, y cuyas armonías llenan de placer y júbilo celestial nuestro corazón.

Y cuando próximo a unirse con su celestial Esposo yace en el lecho de la muerte en el monasterio de Fosanova, entona con voz robusta y sonora las inefables ternuras, con que favorece el Señor a las almas que son fieles a su amor, exponiendo, a petición de aquellos piadosos monjes, el «Cantar de los Cantares».

¡Oh! ¡y cómo brotaron a torrentes de aquel pecho abrasado en el amor del celestial Esposo, los dulcísimos afectos de su alma embriagada con las ternuras inefables que en tan supremo trance la inundaban!

Tal fue la muerte de este místico cisne, cuyos pensamientos, cuyos afectos, cuya voz empleados durante toda su vida en el ministerio de la verdad, lejos de aminorarse con la debilidad de un moribundo cuerpo que se disolvía, adquirieron por el contrario nueva robustez al aproximarse a la unión de su alma con Jesucristo, Verbo encarnado, expresión inefable de la verdad infinita.

Desapareció la persona del sabio y del Santo para este mundo; ¿desapareció igualmente su misión?

No, por fortuna nuestra.

Ahí están sus obras llenas de celestial doctrina y sabiduría profunda.

Ahí está, prescindiendo de las demás, esa obra sin igual en lo meramente humano, y solo inferior a la que Dios ha dictado¹³; ahí está ese admirable mecanismo científico en el que concurren la Teología y la Exégesis, la Filosofía y la Historia, las artes y la Literatura para rendir pleito homenaje a los sagrados dogmas de la fe.

En ese y por ese libro sin igual entre los engendrados por el humano entendimiento, continúa y continuará mientras existan los siglos, la especial misión del Ángel de las escuelas sobre la verdad.

Que no en vano le asistió el Espíritu de verdad para escribirle. Ni le han consagrado en vano los concilios, colocándose como el de Trento, al lado de la Sagrada Escritura; los Santos Padres, al decir con Juan XXII, que contiene tantos milagros como artículos; que están libres de todo error sus múltiples producciones; y las Universidades más célebres al adoptarla como principal fuente de sus enseñanzas.

Y para que nada faltase al apostolado de Tomás, confirmó y vivificó sus doctrinas con el ejemplo de su santa vida.

Por lo que con razón merece que se le aplique el dictado de «grande en el Reino de los cielos». *Qui fecerit et docuerint hic magnus vocabitur in Regno caelorum*¹⁴.

¹³ «La Suma de Santo Tomás es la obra más grande que ha salido del hombre».— Raulica.

¹⁴ Math. 5.